



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 4, Número 8, 2014

LA TURBACIÓN POR LA BARBARIE. GUEVARA, MONTAIGNE Y SHAKESPEARE: TRES MIRADAS RENACENTISTAS SOBRE EL NUEVO MUNDO

PAREDES, Rogelio C. (1962-2014)*

Resumen

El propósito de este artículo consiste en analizar, a partir de la literatura, la perspectiva europea sobre las sociedades del Nuevo Mundo, en momentos y contextos críticos del Renacimiento español, francés e inglés.

Sobre la base del *Libro áureo del Emperador Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara (1480-1545), del *Ensayo sobre los caníbales* de Michel de Montaigne (1533-1592) y de *La Tempestad* de William Shakespeare (1564-1616), se procura situar la interpretación de las sociedades americanas dentro de las expectativas y los intereses de los autores y en relación con sus propias experiencias sociales y culturales, en el amplio proceso de transformaciones suscitadas por la cultura renacentista y su revaloración del pasado clásico.

A partir de la genérica definición de *bárbaro*, heredada de la Antigüedad y aplicada a los nativos americanos, el objetivo es analizar el papel que juega en las interpretaciones de estos autores y las situaciones concretas en que se la emplea para reflexionar sobre las condiciones del mundo social y político europeo y abrir juicio sobre los profundos cambios del período: la legitimidad de los imperios ultramarinos, los derechos de la guerra y la paz y la superioridad de la “civilización” respecto del ideal de igualdad primitiva.

Palabras Clave: Nuevo Mundo; Renacimiento; bárbaro; literatura

DISCOMFITURE OVER BARBARISM. GUEVARA, MONTAIGNE AND SHAKESPEARE: THREE RENAISSANCE GLANCES AT THE NEW WORLD

Abstract

The purpose of this article is to analyze, through literary sources, the ways in which Europe regarded the New World in critical moments and contexts of the Spanish, French and English Renaissance.

By means of studying literary works such as Frey Antonio Guevara's (1480-1545) Libro áureo del Emperador Marco Aurelio, Michel de Montaigne's Essay on Cannibals and William Shakespeare's The Tempest, the objective is to place the interpretation of American societies within the broader scope of expectations and interests of their authors and in connection with their own social and cultural experiences, understanding them as part of a broader process of transformations caused by Renaissance culture and its revalorization of Antiquity.

Starting from the study of the generic definition of “barbarian”, inherited from Antiquity and applied to native Americans, the intention is to analyze the role this notion played in the interpretations of these authors and in the concrete situations in which the term was used to reflect the social and political conditions of Europe and thus judge the profound changes of the period: the legitimacy of the overseas empires, the rights to war and peace and the superiority of “civilization” compared to the idea of primitive equality.

* Una versión preliminar de este artículo fue presentada en las Primeras Jornadas de Historia. Migraciones, Diásporas y Contactos Interculturales, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, realizadas el 5 y 6 de octubre de 2006.

El efecto de los descubrimientos ultramarinos en el desarrollo literario y cultural es una fuente inagotable de interpretación y análisis desde el momento mismo en que los europeos comenzaron a incursionar en el Atlántico. Porque si bien las críticas más radicales que podían lanzarse contra el paradigma de los conocimientos medievales a partir de las experiencias de descubrimiento y exploración ultramarina parecieron demorarse más de un siglo, hasta los inicios de la Revolución Científica, la impresión directa provocada por la publicación de noticias por la imprenta relacionadas con los “nuevos mundos” se hizo presente de inmediato en las demandas de un público lector en formación.

Testimonios directos e indirectos, crónicas o recreaciones, interpretaciones eruditas o utópicas, las noticias sobre los descubrimientos obraron en muchos sentidos sobre los contemporáneos que llegaban hasta ellas gracias a la difusión que permitía la imprenta. Una literatura renovada, la de los relatos de viaje –modestamente anticipada por las narraciones medievales de Marco Polo y Jehan de Mandeville- estaba a punto de construir nuevos estereotipos del hombre renacentista: el del viajero, hasta entonces oscuro, que se hace famoso a partir de la publicación de su singular experiencia; la del editor, que explota al máxima el monopolio de la “novedad” como mercancía entre lectores ávidos, la del hombre de letras que se beneficia de la incorporación de esas referencias en los textos que dedica a la especulación filosófica o política, o a la exploración de nuevos recursos para la conformación de sus estilos inspirados en el pasado clásico, pero dirigidos a un público actual que comienza a buscar en ellos nuevos elementos para la construcción de su identidad social y cultural.

Un ejemplo paradigmático de esa nueva articulación entre viajeros, editores, autores y lectores aparece con toda su claridad y vigor en la *Utopía* (1516) de Tomás Moro (1478-1535).¹ En el relato de Moro, narrado en primera persona, el autor dice haberse entrevistado con un supuesto marino que había participado de las expediciones de Américo Vespucio al Nuevo Mundo. Moro utiliza la celebridad de Vespucio en la esperanza de que cualquier lector instruido pudiese advertir su intento de incorporar su obra a la zaga de los descubrimientos en boga por esos días. El navegante florentino se había hecho notable por la oportuna incorporación de sus relatos de viaje en la *Cosmographiae introductio* de Martín de Waldssenueller a la Geografía de Ptolomeo, quien había aprovechado, a su vez, la recepción de una supuesta carta suya a Pier Soderini –al parecer, la reseña interesada de un corresponsal informado de modo indirecto, atraído por las posibles ventajas de su publicación- para anticipar la noticia de que las tierras entrevistadas en los viajes de Colón debían constituir una porción de tierra continental desconocida hasta entonces.² Así, entonces, Moro, se apropia de un estado de la opinión ilustrada –impresionada por la utilización de una carta posiblemente apócrifa en su redacción pero de todos modos veraz en su contenido- para instalar en ella su mistificación sobre el Reino de los Utópicos, que no era, por otra parte, otra cosa que una ecléctica recreación de *La República* de Platón, situada ahora en

¹ Moro, Tomás. *Utopía*, traducción Antonio Bonano. C. E. A. L., Buenos Aires, 1980.

² Esteve Barba, Francisco. *Historiografía Indiana*. Gredos, Madrid, 1964, pp.41-42.

la crítica situación económica y política de la Inglaterra de los cercamientos y los albores del capitalismo.³

En este sentido, el propósito de la ponencia consiste en analizar, desde fuentes literarias, diversas perspectivas europeas sobre las sociedades del Nuevo Mundo, en momentos y contextos críticos del Renacimiento español, francés e inglés, de manera de interpretar su contexto de producción, su contenido y su recepción como parte de un mismo proceso que integra en sí la pública difusión de las noticias sobre los descubrimientos ultramarinos entre el público lector al que se dirige la obra y la habilidad del autor y del editor para situar esos discursos en la intersección entre el conocimiento público, su intención crítica, su contexto histórico y político concreto y la inspiración clásica cuya reinterpretación y actualización caracterizó al Renacimiento.

Con el propósito de realizar este análisis, la ponencia se centra sobre tres obras ampliamente difundidas en sus países de origen, que abordaban una crítica de su propia coyuntura social y política a partir de una doble mirada hacia las “noticias” del Nuevo Mundo y hacia los modelos clásicos promovidos desde la erudición renacentista. Se trata del *Libro áureo del Emperador Marco Aurelio* del franciscano Fray Antonio de Guevara (1480-1545), aparecido en España en 1529, durante el reinado de Carlos I y en los inicios de la empresa de la conquista de América; del *Ensayo sobre los caníbales* del filósofo y crítico Michel de Montaigne (1533-1592), publicado por primera vez en Francia en 1580, y destinado a fustigar los horrores de las Guerras de Religión a partir de las experiencias recogidas por los franceses que intentaron colonizar la Bahía de Guanabara, en Brasil; y de *La Tempestad* del dramaturgo y poeta William Shakespeare (1564-1616), representada en el palacio en Londres, en 1611, que trata de dar un sentido a la empresa colonial de Virginia en medio de un contexto político atravesado continuamente por los peligros de las guerras confesionales y las venganzas de partido.

La ponencia procura situar la interpretación de las sociedades americanas dentro de las expectativas y los intereses de los autores y en relación con sus propias experiencias sociales y culturales, incorporando una variedad de actitudes que se definen aquí como procedentes de una “turbación”. Se trata de definir las así porque la experiencia del Nuevo Mundo, con su zaga de conquista, explotación, denuncia y autocrítica, en la que los europeos, conocedores por primera vez de los beneficios y de las tensiones originadas en su naciente colonialismo, se interrogan radicalmente sobre su propia realidad cultural y política, al tiempo que restauran sus conocimientos sobre el pasado clásico para responder con su ayuda a las inquietudes surgidas de estas experiencias procedentes del descubrimiento y el sometimiento de unos hombres y unas culturas de los que nunca tuvieron noticia.

Así, entonces, y a partir de la genérica definición de *bárbaro*, heredada de la Antigüedad y aplicada a los nativos americanos, la ponencia trata de analizar el papel que juega en las interpretaciones literarias la reflexión sobre las condiciones del mundo social y político europeo en que viajeros, escritores, editores y lectores han creado, también ellos, oportunidades hasta entonces

³ Baczkó, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Traducción de Pablo Betesh. Nueva Visión, Buenos Aires, 1999, pp. 55-123.

ignoradas para abrir juicio sobre los cambios del período, en particular aquellos que mejor se vinculan con el dominio europeo en ultramar: la presunta legitimidad de los ingentes imperios coloniales en formación, de los derechos de la guerra y la paz y de la –supuesta o impuesta– superioridad de la “civilización” frente a la prístina encontrada entre los pueblos descubiertos en el Nuevo Mundo. Desde luego, esas renovadas oportunidades de crítica y reflexión hubieran sido imposibles sin el empleo de la imprenta y sin el apetito de aventureros, letrados y empresarios que encuentran en los viajes de ultramar y en la publicación de sus noticias una oportunidad inexplorada para lograr renombre, “fama y fortuna” en la producción de bienes y conocimientos cada vez más demandados en los crecientes mercados de lectores.

El estoicismo natural de los “bárbaros”: Marco Aurelio y el emperador Carlos V

En 1529, el Emperador Carlos V parecía encaminarse, sin vacilaciones, a la reconstrucción de un Imperio Universal como sólo lo habían conocido los romanos. En 1525 había vencido y hecho prisionero en Pavía a su principal adversario en Italia y Europa, Francisco I, rey de Francia; en 1527 sus tropas victoriosas habían entrado en Roma, después de imponerse a la Liga de Cognac para hacerse reconocer, por medio de las armas, legítimo continuador de las dinastías de soberanos imperiales germanos frente a Clemente VII. Los príncipes luteranos alemanes vacilaban en sus intentos de mantener el reconocimiento de su flamante fe, apenas adquirida en la primera Dieta de Espira de 1526, y ante las pretensiones de su derogación por decreto durante la segunda Dieta de Espira, en que el Emperador amenazó con reprimirlos por la espada, debieron elevar su protesta frente a lo que consideraban una derogación de sus libertades principescas. A su enorme herencia paneuropea y los éxitos más resonantes de su política de la década de 1520, Carlos agregaba las recientes conquistas en América, en particular la reciente incorporación de México, y de los tesoros de Tenochtitlán, cuyos quintos engrasarían el tesoro imperial para la consecución de la empresa imperial.

Era inevitable referirse al paralelo antiguo de este acuciante esplendor: desde el Imperio Romano ningún soberano había podido reclamar para sí un dominio tan extenso. Dentro de los círculos letrados y políticos, la grandeza del “Nuevo César” llegaría con el tiempo, tras su reinado, a convertirse casi un lugar común.⁴ Sin embargo, no resultaban menos visibles las sombras que se proyectaban sobre la grandiosa empresa de Carlos, particularmente en América, desde donde comenzaban a pronunciarse juicios adversos sobre el desempeño de los conquistadores españoles entre las poblaciones caribeñas. En la década anterior habían comenzado ya las denuncias de Bartolomé de Las Casas ante la corte de Carlos sobre los abusos de los encomenderos, y precisamente en 1529 demostraría que los indígenas podían avenirse a la verdadera fe por medios pacíficos y legales.⁵ Por razones políticas de hostilidad ante Castilla, los funcionarios flamencos y valones se mostraban

⁴ Kleber Monod, Paul. *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa, 1589-1715*. Alianza, Madrid, 2001.

⁵ Hanke, Lewis. “Introducción” a Fr. Bartolomé de las Casas: *El único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pp. 21-24.

inclinados a prestar oídos, en las denuncias de fray Bartolomé, a las primeras versiones de lo que luego iba a convertirse en el origen de la Leyenda Negra, sobre los abusos españoles en la colonización de América.⁶ Uno de esos cortesanos, sin embargo castellano, era el franciscano, humanista y erudito, Antonio de Guevara, Obispo de Guadix y Mondoñedo y predicador de la corte del Emperador.

La orden de los franciscanos recibió la impresión más profunda de la Conquista del Nuevo Mundo. Consideraron al hecho anuncio del final de los tiempos y presagio inminente de la llegada del Juicio Final, dado que, según se anticipaba en los textos evangélicos, la revelación de Cristo sería predicada a todas las gentes.⁷ Estimaron entonces que la predicación que su propia orden lideraba en las nuevas posesiones ultramarinas del Emperador estaba destinada a impulsar los episodios finales del plan de salvación anunciado en las Escrituras.

En el vértice de estas urgentes realidades políticas y religiosas –el incontrastable cesarismo de Carlos, los abusos de los encomenderos de Indias, la redención de la humanidad por la predicación de los miembros de su orden– Guevara consumó un celebrado fraude literario y erudito: en 1529, en Valladolid, dio a la imprenta el *Libro del Emperador Marco Aurelio con relox de los príncipes*, conocido luego más popularmente como *Libro áureo de Marco Aurelio* en el que afirmaba haber vertido, por primera vez, las hasta entonces desconocidas meditaciones del emperador filósofo romano, que según decía, había recibido en un manuscrito original depositado en la biblioteca florentina de Cosme de Médici. Guevara ideó no sólo el contenido del libro que atribuyó al emperador, sino también –y es notable su audacia– las fuentes y autoridades que citaba para fundar sus supuestos estudios sobre la figura de Marco Aurelio.⁸

Carlo Ginzburg ha llamado la atención sobre el verdadero propósito del texto de Guevara, que pronto alcanzó la difusión y el reconocimiento de un verdadero suceso: en la fraguada biografía del emperador filósofo, y mientras dirige una campaña contra los bárbaros, Marco Aurelio se encuentra con un campesino llamado Mileno, quien lo apostrofa por su codicia y por el hecho de llevar la guerra contra gentes inocentes y sencillas, incapaces de resistir la superioridad romana. Indica Ginzburg:

“Sabemos que a un lector del siglo XVI, como Vasco de Quiroga, no se le escapó el verdadero blanco de esta arenga: la conquista del Nuevo Mundo. El libro áureo de Marco Aurelio puede ser considerado un prolijo sermón dirigido por el predicador de la corte... al Emperador Carlos V para criticar ásperamente los horrores de la conquista española. Esta definición casa mejor con el grupo de capítulos que, antes de ser incluido en el libro, circuló en los ambientes de la corte en forma autónoma y bajo el título El villano del Danubio. La arenga de Mileno

⁶ Esteve Barba, Francisco. op. cit., pp. 78 y ss.

⁷ Baudot, Georges. *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Espasa-Calpe, Madrid, 1983; Capítulo II.

⁸ De Riquer, Martín. *Historia de la Literatura Universal*. Planeta, Barcelona, 1968; tomo I, capítulo V, pp. 475-479.

contribuyó poderosamente al mito del buen salvaje, difundiéndolo por toda Europa”.⁹

Movido por razones éticas y políticas a denunciar los abusos de un dominio que consideraba rayano en la tiranía, y a cuestionar la legitimidad de su soberano para subyugar a gentes cuya inocencia y atraso los ponía fuera de cualquier ofensa justificable, fray Antonio produce un escrito en que su manifiesto anticolonialista se viste y adorna con los emblemas prestigiosos de la épica antigua. No es Carlos el objeto del reproche, sino su espejo clásico, un soberano romano guerrero y filósofo; no se le dirige una denuncia motivada en las noticias aberrantes del Nuevo Mundo, sino unas memorias eruditas, aunque fraguadas en los modelos del humanismo al uso; no se lo destina sólo a un público de literatos capaces de apreciar la importancia de la supuesta traducción y exégesis realizada por Guevara, sino a un elenco de cortesanos y consejeros, que compartían con el predicador franciscano, si no su celo en la defensa de los débiles, al menos sí su aborrecimiento por la forma en que los castellanos extendían la prédica del Evangelio para beneficiarse ilícitamente con el trabajo y la riqueza de los pueblos sojuzgados.

En el mismo momento que el programa político de Moro, inspirado en *La República* de Platón, aparece situado en el horizonte de los descubrimientos de ultramar, la denuncia sobre la opresión imperialista española, lanzada contra su Emperador se encubre en los reproches de un rústico bárbaro –un aldeano caribeño, un indígena americano- proferidos contra el amo del mundo antiguo, que evoca a su vez al nuevo César de la Cristiandad. Los mundos lejanos de la Antigüedad y de las Indias definen a su vez los contornos y los modelos de la nueva crítica literaria, filosófica y política.

Barbarie y descubrimiento: el rey de Epiro y el señor de Villagegnon

“Cuando Pirro pasó a Italia y reconoció el orden del ejército que le oponían los romanos, dijo “No sé qué bárbaros son éstos (porque bárbaros llamaban los griegos a todos los extranjeros) pero la disposición de ese ejército que veo nada bárbara es”. Lo mismo comentaron los griegos respecto a las tropas que Falminio llevó a su país, e igualmente opinó Filipo, percibiendo, desde un montículo, el orden y distribución del campamento romano que mandaba Publio Sulpicio Galba. Por eso es conveniente no unirse a las opiniones vulgares, sino juzgar según la voz de la razón y no según la voz común”.¹⁰

Así comienza uno de los más célebres ensayos de Michel de Montaigne, “De los caníbales”, quizá la obra más genuina y creativa del siglo XVI en la crítica a la supuesta superioridad de los europeos en ultramar. Turbado por la cruel opresión impuesta a los caribeños, fray Antonio de Guevara los muestra, a

⁹Ginzburg, Carlo. *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, traducción de Alberto Clavería Ibáñez. Península, Barcelona, 2000, p. 23.

¹⁰ Montaigne, Michel de. “Ensayo de los caníbales”, *Ensayos completos*, traducción de Juan G. De Luaces. Hyspamérica, Buenos Aires, 1984, tomo I, p. 150.

través de Mileno, como víctimas inocentes de la civilizada codicia de los romanos; Montaigne, en cambio, se turba por la crueldad de sus propios compatriotas que se asesinan en una guerra civil al tiempo que presumen frente a los bárbaros de una superioridad que, espera demostrar, no es tal, sino más bien una máscara refinada de apetitos e inclinaciones muy inferiores incluso al propio canibalismo.

Los caníbales que describe Montaigne, siempre en el marco referencial de ese pasado clásico que lo lleva hasta el rey de Epiro que fue vencido por la “barbarie” de los romanos, eran bien conocidos entre los lectores franceses a los cuales dirige su ensayo. Ese conocimiento se debía a la empresa de Nicolás Durand, caballero de Villegagnon, católico con quizás ocultas simpatías por un calvinismo que iba ganando adeptos en la nobleza del interior de Francia. En 1555, Villegagnon solicitó y consiguió apoyo y permiso de Enrique II, rey de Francia, para instalar una colonia francesa en Brasil. Con ese fin, reclutó sus colonos entre hugonotes franceses, entusiasmando en la empresa al Almirante del Reino, Gaspard de Coligny, ya conocido como líder del partido calvinista de la nobleza. Villegagnon armó y tripuló tres navíos y desembarcó en la Bahía de Guanabara (cerca de la actual Río de Janeiro) donde fortificó la isla de Serigipe. La *Francia Antártica* –nombre del establecimiento– pareció prosperar por un tiempo en esas costas que, sin embargo, la corona de Portugal reclamaba como propias desde la firma del Tratado de Tordesillas, de 1494. Los colonos franceses mantenían excelentes relaciones con los nativos tupí, con los que negociaban pacíficamente y a quienes no trataron de convertir a sus rígidas exigencias religiosas, al menos en un principio. Preocupado por la falta de pobladores para sostener su establecimiento, Villagegnon escribió una carta al propio Calvino para que fomentara entre sus seguidores el reclutamiento de un nuevo contingente de emigrantes. Calvino cumplió, efectivamente, con lo solicitado por Villegagnon, pero los ginebrinos enviados se adaptaron mal a la vida en la colonia: condenaron la conducta de sus habitantes, en particular sus fluidas relaciones con los nativos. Los colonos se dividieron en partidos inconciliables; el propio Villegagnon los abandonó a su suerte, regresando a Francia en 1559 y, dispuestos finalmente a hacer respetar sus derechos sobre la región, se presentaron los propios portugueses que, al mando del célebre gobernador general Mém de Sá, atacaron la colonia, destruyéndola y fundando en el lugar, en 1565, el pueblo de San Sebastián, origen de Río de Janeiro.¹¹

Pese a sus desastrosos resultados concretos, la experiencia de Villegagnon tuvo su efecto en la cultura letrada: los franceses del humanismo tardío, herederos de los esfuerzos de Francisco I y de su Colegio de Francia, tuvieron una primera e intensa experiencia antropológica, origen de una larga tradición de reflexión sobre la alteridad cultural. En 1558 André Thevet publicó las *Singularidades de la Francia Antártica*, con las noticias que alcanzó a transcribir sobre las primeras impresiones de la colonia; mucho más detallada y completa fue la memoria del calvinista Jean de Léry, *Historia de un viaje hecho a la tierra de Brasil*, de 1578, donde abundan las detalladas descripciones

¹¹ Paredes, Rogelio C. “Introducción” a Knivet, Anthony. *Viaje por el Atlántico en el siglo XVI*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996, pp. XXI-XXII.

etnográficas, y en particular, dada su rareza y carácter revulsivo, la de la práctica de la antropofagia.

Sus lectores eran, sin embargo, miembros de una elite letrada desgarrada por la lucha política y religiosa: el fracaso de la colonización protestante, podría decirse, había revertido en el agravamiento de la sangrienta lucha por el poder en que los nobles católicos y calvinistas y una monarquía en crisis apelaban más y más al exterminio recíproco para controlar la anárquica situación. Cuando aparece la primera edición de sus ensayos, en 1580, Montaigne ya se había alejado hacía mucho de la escena pública, pero no es indiferente al escenario de violencia y desgarramiento que domina su país. La pregunta por los bárbaros que encabeza su ensayo pudo haberla hecha con razón también Villegagnon, pero para Montaigne constituye el núcleo problemático de la propia identidad política y cultural de la Francia cristiana.

Los tupí de Guanabara, se esfuerza por explicar Montaigne, encuentran en su canibalismo la legítima expresión de su ira contra sus enemigos, originada en celos y violencias ancestrales: en ellos se hace presente ese “poco amaneramiento del espíritu” que los pone “muy próximos a su candidez original”. Su ignorancia de las formas civilizadas es, a fin de cuentas, un modo de superioridad moral y espiritual que supera la cruel hipocresía con que los franceses contemporáneos visten sus impulsos igualmente criminales: “Hallo más barbarie en comer a un hombre vivo que en comerlo muerto. Y nosotros sabemos, no por haberlo leído sino visto ha poco, y no entre enemigos antiguos, sino entre vecinos y conciudadanos, y so pretexto para colmo de piedad y religión,” que los enemigos religiosos torturan, consumen en el fuego o entregan a las bestias “cuerpos llenos de vida”.¹²

Esta interpretación escéptica sobre la superioridad cristiana va más lejos todavía: la poligamia masculina se asienta en el valor y la fuerza de los hombres, que merecen el premio carnal de sus mujeres por ser naturalmente guerreros más capaces, y el culto del coraje se eleva en la apología hasta la crítica misma de la institución monárquica y de las desigualdades sociales de la civilización. Montaigne introduce el relato –luego repetido y recreado varias veces, entre otros por Voltaire- sobre la presencia de tres salvajes en la corte de Ruán, que expresan su extrañeza por el hecho de que hombres barbudos, corpulentos y armados–la guardia real- se aviniesen a obedecer a un tierno jovencito, su soberano Carlos IX, y que los mendigos sentados a las puertas de mansiones y palacios no tomasen con sus propias manos la parte de riqueza que les pertenecía en su condición de hombres o “mitades” de sus poderosos opresores.

Esta crítica radical del ser y del saber civilizados hubiera sido inconcebible sin referente de un “otro” tan radicalmente distante en valores y actos. Montaigne transita, en el “Ensayo de los caníbales”, una de los trayectos más irreversibles de lo que Ugo Dotti denomina “la destrucción del modelo renacentista”, destrucción radical tanto de su valoración de la Antigüedad clásica como de su confianza antropocéntrica y transformadora.¹³ La vanidad y la presunción que Dotti encuentra como núcleo de la crítica de Montaigne a los franceses de su

¹² Montaigne, Michel de. op. cit., p. 155 y ss.

¹³ Dotti, Ugo. *La città dell'uomo. L'umanesimo da Petrarca a Montaigne*. Riuniti, Roma, 1992, pp. 115.128.

época no surge sólo de las amargas circunstancias del fanatismo religioso y la crueldad física de los franceses, sino de ese contraste como una alteridad absoluta de devorar al semejante impensable hasta el descubrimiento, que permite ahora reflexionar sobre las causas y los usos de la violencia entre los miembros de todo el género humano, sin distinción de creencias y culturas.

Paraísos y plantaciones: la Medea de Ovidio y el capitán Gates

La lectura del “Ensayo de los Caníbales” de Montaigne causó una honda repercusión en la Inglaterra Isabelina. John Di Florio, un humanista inglés de familia italiana refugiada en la Isla por disidencias religiosas, realizó su traducción, y su lectura dio lugar a un intenso debate sobre las fuentes de la literatura inglesa que terminó por afirmar su autonomía frente a los modelos latinos, cada vez más sospechosos por proceder de una tradición que había alumbrado a la jerarquía papal.¹⁴ Sin embargo, los críticos encuentran que también desempeñó su papel como texto inspirador de *La Tempestad*, de William Shakespeare, en particular del monólogo de Gonzalo en el acto II:

“¿Sabéis que haría si yo fuese Rey?/ Todo en mi República se haría al revés/ Ningún tipo de comercio se consentiría/ Ni habría nombramientos de magistrados./ Nadie sabría de letras. No habría ricos ni pobres... No más contratos/ ni herencias, ni fronteras, lindes, tierras o viñas... / Nada de metal, grano o aceite... Todas las cosas de la Naturaleza surgirían,/ sin sudor y sin esfuerzo”¹⁵

Pese a ser una de las piezas teatrales mejor más documentadas de William Shakespeare, respecto de la cual consta que fue representada por primera vez en el gran salón de banquetes de Whitehall, el 1º de noviembre de 1611, y vuelta a representar poco después en ocasión de las bodas de la princesa Isabel y el Elector Palatino en 1613,¹⁶ pocas obras han generado interpretaciones tan variadas como *La Tempestad*. Se ha querido ver en ella una apología del naciente colonialismo inglés, o una crítica ambigua al papel de los colonizadores en relación con los pueblos nativos, o una referencia a la magia como medio de reparación y de restauración de la fraternidad entre los hombres, o un programa futuro fundado en una reconciliación armoniosa entre saber y poder. Gran parte de esa “rareza” de *La Tempestad* procede de su género tragicómico, que interrumpe o matiza el oscuro ciclo shakespeareano de grandes tragedias, menos documentadas, pero admitidas como suyas, y que recorren los primeros años del siglo XVII. Lo cierto es que lo distingue a *La Tempestad* es su compleja trama entre motivos clásicos y ultramarinos. En ese sentido, la figura del mago Próspero, sostienen los críticos, en particular su monólogo final en el cual abdica de su magia, ha sido concebida como la contrafigura de Medea, que Ovidio, en el libro VII sus *Metamorfosis*, muestra

¹⁴ Ginzburg, Carlo. *No Island is an Island. Four Glances at English Literature in a World Perspective*. Columbia University Press, Nueva York, 2000, Capítulo II, pp. 25-42.

¹⁵ Shakespeare, William. *La Tempestad*, traducción de M.A Conejero Dionís-Bayer y Jenaro Talens, 3ª edición. Ediciones Cátedra, Madrid, 2000, pp. 199-201.

¹⁶ Melchiori, Giorgio. “Introducción” a Shakespeare, William. op. cit., pp.11 y ss.

invocando a las potencias nocturnas para realizar sus nefastos maleficios, en la que la renuncia al poder constituye una especie de liberación del personaje.

Es entonces esa renuncia al poder, y a la venganza que éste hará posible contra sus enemigos, Antonio y Alonso, lo que desvía la acción de la tragedia al drama amoroso y festivo de las escenas finales. Stephen Greenblatt¹⁷ ha puesto de relieve precisamente ese rasgo distintivo de la manipulación de la ansiedad como recurso teatral, y que vincula con las tensiones político religiosas de una sociedad inglesa amenazada por la guerra civil y las persecuciones confesionales y anhelante de reconciliación y perdón. Y es aquí donde irrumpe la turbación del Nuevo Mundo, esta vez a través del testimonio escrito de William Strachey, integrante de una expedición que la Compañía de Virginia había enviado con ese destino en 1609 y que había naufragado a causa de una tempestad frente a las islas Bermudas. Según el relato de Strachey, publicado en 1610 bajo el título *El relato verdadero de la perdición y redención del Caballero Thomas Gates*, el jefe de la expedición debe luchar no sólo contra las consecuencias del naufragio, sino contra una crisis de autoridad, en razón de la cual los náufragos se niegan a proseguir su viaje y pretenden establecerse allí, lejos de la salvaguarda institucional y militar establecida en Jamestown, capital de la colonia de Virginia. La insubordinación es sofocada por medio de una ejecución, y luego Gates se dedica a la construcción de nuevos barcos, con los cuales se arriba a destino.

La inesperada desaparición de la expedición de Gates y su igualmente inesperada reaparición atrajeron la atención de los lectores que tenían intereses en la Compañía de Virginia, y del público en general que asistió a ella como a una especie de fantástica epopeya. Desde luego, Shakespeare conocía ese estado de opinión y supo explotar no sólo la sensación instalada por el retorno de un Gates súbitamente exitoso, sino ciertos aspectos del relato de Strachey, que hacían alusión a las Bermudas como un archipiélago deshabitado pero “encantado” y poblado de “espíritus”, de los que su arte dramático extrajo la inspiración para una residencia en la que Próspero desencadena las tempestades con el auxilio de su magia.

Tanto por su contexto como por su contenido, el drama de Shakespeare puede leerse así como un variado juego de tensiones. Hay una tensión bastante evidente entre los procedimientos de Gates, que reprime con sangre una insubordinación de sus hombres, y la utopía de Gonzalo, verosímelmente inspirada en Montaigne, sobre una sociedad igualitaria y primitiva, donde los hombres pudieran prescindir del trabajo, de la propiedad y de la ley. Otro conflicto quizá se exprese en las actitudes de Próspero frente a Caliban, en quien se ha querido ver una alusión a los bárbaros americanos, y un nombre, una perífrasis de “caníbal”. Caliban es, al mismo tiempo, el legítimo dueño de la isla de Próspero, pero en su proclamada brutalidad lo ha degradado a la condición de esclavo de aquél. Sin embargo, en las escenas finales, también él es redimido de su culpa por conspirar contra su amo y, de hecho, al abandonar la isla, Próspero necesariamente lo restaura en su condición de legítimo soberano. Por último, la renuncia del mago a su venganza, cuidadosamente

¹⁷Greenblatt, Stephen. *Shakespearean Negotiations, The circulation of social energy in Renaissance England*. University of California Press, Berkeley, 1988, cap. V: "Martial Law in the Land of Cockaigne", p. 129-163.

preparada, y a los poderes que la hicieron posible, atrae el interés del espectador hacia esa insospechada “manipulación de la ansiedad”: el castigo de los traidores se torna en reconciliación y las facultades mágicas del protagonista, se dice, no han tenido otro propósito que ayudarlo a liberarse de ellas y a abandonar la isla en condición de un simple mortal.

La ambigüedad que en su conjunto trasmite *La Tempestad*, en toda riqueza y variedad de matices, quizás, pudo haber constituido más bien un resultado buscado por el autor que un producto de la extraordinaria complejidad de la obra en sus fuentes, técnicas y recursos. Paraísos y plantaciones, seres brutales y seres espirituales, poderes omnímodos y renuncia anonadante pueden seguir presentándose, en la perspectiva de Shakespeare, como alternativas de comprensión y de acción frente a las cuales sería posible y necesario optar en un futuro, pero que necesariamente implicarán imponer una impronta decisiva sobre las relaciones entre los hombres y entre los hombres y la naturaleza. Habrá que elegir, en fin, entre la antigua Medea y el utópico Próspero, o entre Gonzalo y el brutal pero exitoso capitán Gates.

La inspiración de Greenblatt lleva al lector, en las páginas finales de su ensayo sobre *La Tempestad*, a postular que fue el capitán Gates el verdadero continuador del drama de Shakespeare.

Sobre el efecto del Nuevo Mundo en las letras renacentistas

El análisis propuesto aquí de los textos de Guevara, Montaigne y Shakespeare procura poner en evidencia algunos rasgos de continuidad y de ruptura en esa cultura del Renacimiento que se imponía en las academias, los estudios y la cortes de Europa occidental mientras sus marinos y comerciantes recorrían el mundo en busca de hombres y recursos con los cuales incrementar su “honra y fortuna”. La grandiosa ampliación de los horizontes geográficos, culturales y económicos no provocó la crisis de los valores, las creencias y las prácticas que seguían encontrando su modelo en la Antigüedad clásica, y sólo gradualmente ese paradigma se vio desplazado por el resultado de una indagación más crítica y estricta del saber heredado y consagrado por la tradición.

En tal sentido, se ha intentado mostrar aquí, la experiencia del Nuevo Mundo cumplió, en la comprensión de la realidad social y política que proporciona la literatura de la época, un papel casi equivalente al de la tradición clásica, a través de la cual ese Nuevo Mundo era a su vez comprendido e interpretado: aportaba un saber “nuevo” sólo en la medida que podía asimilarse e integrarse a lo que los Antiguos habían transmitido de su experiencia del mundo y del hombre y, casi en el mismo grado que esa Antigüedad, resultaba valioso en la medida en que podía compararse, medirse y estimarse con el mundo concreto y cotidiano que se prestaba a la polémica, a la crítica, a la legitimación o la denigración.

Esta actitud ante el pasado y el presente, ante lo antiguo y lo “nuevo”, que hace posible, y hasta recomendable, fraguar una exhortación contra Marco Aurelio para dirigirla en verdad a Carlos V, o recrear la Edad de Oro en el modesto ámbito de la Bahía de Guanabara no debería, sin embargo, inducir a error. Algo

ha cambiado de manera decisiva, no en el contenido de los discursos, sino en la práctica de su producción y de su circulación: las noticias del Nuevo Mundo tienen ahora un mercado más autónomo y dinámico, originado en las transformaciones técnicas y organizativas del “arte de la imprenta” e irrumpen en la reflexión filosófica, en la creación literaria y en el pensamiento político para ampliar sus efectos, para procurarles una mayor resonancia, para multiplicarse mejor entre lectores habituados a encontrar en ellas la confirmación del saber antiguo pero, por eso mismo, ávidos de hacerlo de manera cada vez más continuada y regular.

Otras cosas han cambiado, además, entre el *Libro áureo de Marco Aurelio* y *La Tempestad*: el público de la empresa conquistadora y colonizadora se ha ampliado, como lector y como espectador, pero también como partícipe directo de los costos y beneficios de esa empresa. Hay una distancia no sólo numérica, sino también cultural y social entre los lectores cortesanos del *Libro áureo* y los asistentes, también cortesanos, de las bodas de Miranda y Ferdinando. La aparición de Francia y de Inglaterra en la carrera ultramarina, se ha procurado demostrar aquí, agrega otras tradiciones, experiencias, justificaciones, elecciones históricas y políticas en la valoración del Nuevo Mundo. El producto de estos aportes se advierte mejor en *La Tempestad*, que muestra a la colonización no ya tan sólo en los términos de una posible evocación o recuperación (alterada, invertida, recreada) de la magia clásica de Medea –con su Jasón, redivivo en Gonzalo o en el capitán Gates- sino un proceso en acción cuyos elementos, aunque ya conocidos desde la Antigüedad clásica, vienen a configurarse o reconfigurarse de modo problemático para un futuro en última instancia desconocido.

El conocimiento y la comprensión del Nuevo Mundo, desde sus noticias publicadas por la imprenta hasta la alusiones incorporadas en las letras renacentistas, constituyó una nueva fase, no en la transformación de los discursos, sino en las prácticas sociales concretas de manipulación material e ideológica de esos discursos. Aprender a valerse de los textos impresos de las cartas y narraciones de los exploradores en eficaz relación con los intereses de editores, autores y públicos, y de las referencias al pasado clásico que podrían encontrarse en ellos, constituyó una instancia fundacional en la historia de la producción, circulación y apropiación de textos de la cultura europea.